



EL.—¿Está el señor?
ELLA.—Servidora.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. TONO.—Madrid.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		
Trimestre (13 números).....	5,20	pesetas
Semestre (26 —).....	10 40	—
Año (52 —).....	20	—

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		
Trimestre (13 números).....	6,20	pesetas
Semestre (26 —).....	12,40	—
Año (52 —).....	24	—

EXTRANJERO		
UNIÓN POSTAL		
Trimestre.....	9	pesetas
Semestre.....	16	—
Año.....	32	—

ARGENTINA (Buenos Aires)		
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856		
Semestre.....	\$	6,80
Año.....	\$	12
Número suelto.....	25	centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 177 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

10.—Limpieza.

—¿Qué terciá-cuarta ese niño, Mercedes?
—Asómate al balcón y lo verás. Pero si dos-
prima echó la culpa a su curiosidad.
—Estoy más a gusto aquí, entre cristales,
viendo le todo del Parque. El niño, al fin y al
cabo, que hace lo que quiere.

11.—De Felipe Trigo.

NOTA JULIO—S TIEMPO
POLO
VALLE
CARCAJADA
2



SOMBREROS
BRAVE
6 MONTERA 6

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de abril.

12.—Promesa.

500 500 500
SEDIMENTO
TINTO

13.—Trasposición.

1 3 8 M W H
EL SEÑORITO R tiene
novia y la adora.

PARÍS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e insustentables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros granatados, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y la hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envilecidos lozanía y juventud. Especialmente preparado y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza LINA. Es la reina de las cremas. Complácete a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran firmeza, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y luego de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Basten unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles al color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin faltarlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los berpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



La mejor prueba

de la bondad del Agua de Colonia Añeja está en el enorme consumo que de ella se hace entre las personas que se dedican a los deportes.

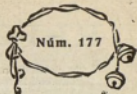
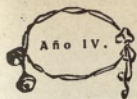
Acostúmbrase usted a friccionarse con Colonia Añeja después del ejercicio. Por su fuerza alcohólica y su pureza es el mejor tónico muscular. Refresca y reanima. Tonifica los nervios. Combate el cansancio. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50 - Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



CUESTIONES DE POCO PESO

INCONVENIENTES DEL MITIN

No me remuerde la conciencia de haber asistido jamás a un mitin. No sé con qué se come eso. Tengo entendido que es una reunión de diversas personas en la que hablan unos, escuchan otros y nunca se llega a un acuerdo. Me da la impresión de que allí todo el mundo se aburre. Se me figura que el que más y el que menos está deseando que aquello se acabe para respirar libremente, como si se hubiese quitado de encima un peso terrible...

Quizá esté yo equivocado. Seguramente lo estoy. Cuando tanto se ha abusado del mitin es porque debe de ser cosa muy divertida. De otro modo, no creo que se celebraran mítines... Sin embargo, acabo de leer la convocatoria para uno de ellos y no sé qué pensar. Me encuentro en la más terrible de las perplicidades. La convocatoria decía literalmente: «Mitin de higiene social.—Mañana, domingo, a las once de la mañana, se celebrará un nuevo acto de la campaña sanitaria de higiene social en el Cine X (San Bernardo, 99), en el que tomarán parte los oradores siguientes: Doctor Navarro Fernández, doctor Durich, doctor Alvarez Sierra, don Mauricio Jalvo, señor Prieto Pazos, señor Díaz Canjea, señor conde de Altea, don Miguel Martínez de la Riva, doctor Paratcha, don Miguel Jiménez Madrid, señorita Rosa Cantó, don Andrés Huerta, señor Ballester. Regina (escritora), señor Alvarez Fernández, don Pascual Amat y don Alberto Alcocer, ex alcalde de Madrid.—Después de la conferencia se proyectará la película de Viena, dedicada a las ma-

dres de familia, «El arte de criar un niño».

Repito que jamás he asistido a un mitin, ni de higiene social, ni de higiene política, ni de higiene literaria. Pero por la convocatoria copiada, me figuro lo que es. Un acto en el que se pronuncian diez y siete discursos y se proyecta, además, una película, tiene que ser una cosa absolutamente insopor- table.

Dejando aparte, como es de razón,

la respetabilidad de los oradores—algunos de los cuales son íntimos amigos míos—, me veo en la triste precisión de afirmar que ese mitin ha debido de ser interminable, y siendo interminable, ha debido de resultar muy poco divertido. Porque vemos a suponer que cada uno de los diez y siete oradores ha invertido únicamente en su discurso el modesto espacio de un cuarto de hora.—¿Qué menos se puede pedir a un orador?...—Diez y siete cuartos de hora son cuatro horas y quince minutos exactamente, a lo que habrá que sumar otro cuarto de hora, tiempo mínimo en el que apreciamos el que se necesita para explicar, aunque sea cinematográficamente, el arte de criar un niño. Y si a esto añadimos otra media hora, entre el tiempo que se tarda en empezar cualquier reunión, el invierir, el aplaudir y festejar a los oradores, en poner y quitar vasos de agua, etc., etc., resultará que el mitin a referencia duró cinco horas, o sea desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde...

De manera que cuantas personas, oradores u oyentes asistieron al mitin del Cine X, tuvieron que estar allí desde media mañana hasta casi anochecido, sin comer, sin fumar, sin moverse, aguantando mecha en aras de la profilaxis.

Repito, por última vez, que no he asistido a ningún mitin, pero juro, de una vez para siempre, que si cayese en la tentación de asistir a alguno, no sería cuando se anunciase que hablarían diez y siete oradores y que, por contra, se habría de proyectar una película. Tabarras, no. Por muy higiénicas que sean.



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZUJIRTA

REFORMAS DECORATIVAS

[Por vida de los usos y las modas]..
[Rediez con la manera de arreglarse
las señoritas *bien!*... ¡(Dios las bendiga...
y también a sus madres!)]

Hasta hace poco tiempo, presentaban
tan solo sus adornos naturales:
los ojos sin ribetes; ambas cejas
con los pelos que a Dios le plugo darles;
las turgentes mejillas sin unturas
de salsa de tomate,

y los labios dispuestos para el beso
sin el temor de embadurnar a nadie;
las caderas, o estrechas o sellentes,
como quiso Natura que ondulasen;
el pecho, al natural; si escaso, escaso,
si abundante, abundante,

y las piernas, delgadas o robustas,
como quiso el Señor, pues enmendarle
la plana es cosa fea,
tratándose de un ser tan respetable.

Pues bien: hoy mis amigas
Fifi, Lulú, Totó, Pilar y Carmen,
con mal cuerpo, o *buen cuerpo*,
(¡ya veis si en este caso es disparatel!)
solamente se ocupan
de hacerse una elegante
figura... según ellas,

cambiando sus contornos apreciables
y sus propios colores
por otros a la moda... que no es fácil.

Por ejemplo; a las diez, cualquiera de ellas
se ocupa en depilarse
las cejas; un paréntesis tumbado

se pinta sobre el blanco resultante
y ensombrece con corcho
del párpado inferior la inferior parte.

A las doce recibe a un masajista
que ya sabéis lo que hace:
reducir las caderas a la joven
a fin de que consigan estrecharse
y perder, por lo tanto,
la curva natural, ¡(Si son el diantrel!)
A las tres, otro *artista* (macho o hembra)

la somete al masaje
de las piernas también, pues exhibirlas
en forma de botijos no le place
y créeme: a distinguidas
(distinguiéndose menos) las de alambre.

En el pecho, por último, ella sola
(¡pobrecitas «Pílules Orientales!»)
se hace la operación de reducirlo,

con logica *aplustante*,
a la categoría: incomprendible
de un plano inexplicable
que carne no parece,

sino la tabla de picar la carne,
con lo cual, de la joven
ni el ser más listo sabe
si es rolliza mujer o si es la momia
del pobre Tutankamen.

A mí ya no me importa que se pinten
y que se hagan del cuerpo un varillaje
de paraguas. ¡Allá con sus caprichos!
¡Dios perdone esas birrias... ¡y adelante!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



Dib. GALINDO.—Madrid.

LA TIPLE.—¡Quién me iba a decir a mí que no sé sumar, restar, multiplicar ni dividir que me iban a mantener las tablas!

LOS ROMANOS

Periódicamente hay que rendir homenaje a los romanos; los españoles les estamos muy obligados, por lo que influyeron en nuestra vida y sobre todo en nuestro suelo.

Todos conocemos la manera de vivir de los romanos, y su manera de producirse.

Los romanos eran gentes de carnes sonrosadas, que se vestían con unos botines muy cortos, y cubrían sus cabezas con un casco de bombero y cuando se lo quitaban, tenían buen cuidado de que una cinta recorriese su frente.

Eran hombres aficionados a los juegos de equilibrio, solo así, se explica su afición a círculos, montados en unos carros de dos ruedas muy incómodos y sin asiento ni respaldo; claro está que los romanos evitaban así el llevar a sus familias de paseo.

También eran aficionados a las fieras, por lo cual, construyeron un gran circo en el que eran devorados ciudadanos de ambos sexos que sustentaban distintas ideas que les en boga.

Más tarde, en España, y habiendo

triunfado las ideas de aquella minoría devorada, se trocaron las formas, y los que entonces nutrían las fieras con aquellos ciudadanos, fueron arrojados a su vez a las llamas por éstos, que con el tiempo habían logrado adueñarse de la «cosa pública».

En esa ocasión los que salieron perdiendo fueron los leones.

Los romanos tuvieron el extraño capricho de adornar los solares, con columnas y trozos de piedra; rendían un verdadero culto a las ruinas y por eso se puede observar en distintas partes del mundo, huellas de aquella manía.

Cuando los romanos llegaban a alguna población, el jefe de la tropa se adueñaba de algún solar, y hacía que sus hombres quitasen mucha tierra; la gente creía al principio que iba a edificar, pero no; en cuanto colocaba unas columnas, un arco romano y un par de esculturas, volvía a echar la tierra hasta cubrirlo todo.

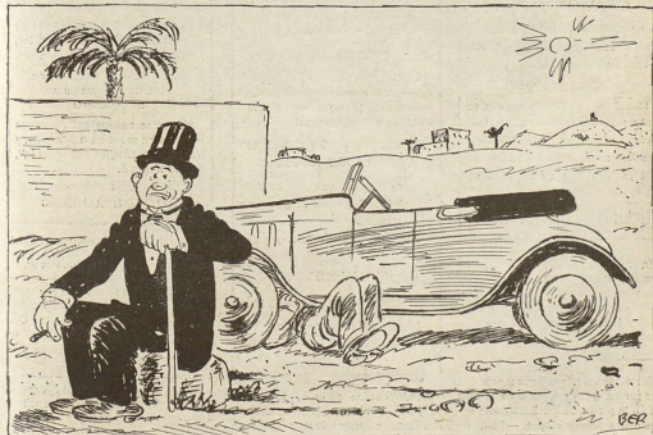
Modernamente se ha vuelto a quitar la tierra a algunos solares, para ver lo que habían puesto.

No siempre rellenaban los solares con tierra, otras veces, después de colocar sus ruinas predilectas, acotaban el solar con una verja, y ponían un hombre en la puerta, que cobraba a todo el que quería entrar.

También fueron muy generosos con los museos, a los que regalaron muchas esculturas, todas sin nariz, pero muy hermosas. También regalaron columnas; era su debilidad.

Los romanos sabían que una ciudad sin ruinas romanas no tiene carácter y por eso al venir a España, trajeron en sus carrozmatos las ruinas que hoy admiramos en distintos puntos de la península, y eso es lo que hay que agradecerles y por eso debe de hacerse un homenaje, que podría consistir en derribar una casa moderna, y dejar solo los cimientos en un solar acotado. Era una manera de demostrar respeto a sus teorías sobre la construcción.

EDGAR NEVILLE



—Iba a una boda... Si esto se prolonga no voy a llegar más que al divorcio.

Dir. BERGSTRÖM.—París.

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SI Y EL OTRO TAMBIÉN

Acaba de aparecer la última novela del eximio escritor Deogracias Amigo, titulada *Los corchetes en el siglo XVII y los botones en la actualidad*, estu- pendia narración encaminada a demostrar que la mayoría de los «botones» que hoy prestan sus servicios descienden de los corchetes que los prestaron hace tiempo. De este enloquecedor autor es también la novela titulada *Los gemelos setemesinos de Alcázar de San Juan*, así como el interesante melodrama *Los pasadores de oro falso y de billetes de banco de la misma clase*. ¡Éxitos colosales! Cinco pesetas tomo. Librería de Pino, Madera, 75.

¡¡FABULOSO CONTRATO!!

CASA CATALANA

FABRICANTE DE TEJIDOS ALGODÓN,
COMPRE CIENTO MIL METROS TELA BLANCA
A CUALQUIER PRECIO.

SE DESTINAN

A LA CONFECCIÓN DE UNA DOCENA DE
PAÑUELOS ENCARGADOS POR DON JOA-
QUÍN SÁNCHEZ DE TOCA; ENCARGO
ADMITIDO EN UN MOMENTO DE LOCURA
POR LA SUCURSAL DE LA CASA EN
MADRID.

Ofertas: PICH Y COMPAÑÍA. Sabadell

Preparación inmediata de maestras normales, maestras superiores y maestras pistonudas. Clase ordinaria, de siete a ocho; y clase preferente y clase extra, a horas convencionales.—Academia, 50.

Necesito mecanógrafa que me escriba diez cartas, contestando a otras diez que yo la pienso dirigir haciéndola de terminadas proposiciones.—Lista de Correos, billete falso de 500 pesetas número 7.532.785.

¡¡ADIVINACIÓN DEL PORVENIR!!

EL DOCTOR FAKUNDY

DISCÍPULO DE NOSTRADAMUS Y COM-
PETIDOR DE TODOS LOS MAGOS Y AS-
TRÓLOGOS QUE ANDAN POR AHÍ, POSEE
EL SECRETO DEL FUTURO.

ÉL OS DIRÁ LO QUE VA A HACER
MAÑANA EL AÑO QUE VIENE Y LO QUE NO
LE VAN A DEJAR HACER A ROMANONES
EL MISMO AÑO

ÉL OS ENTERARÁ DE QUÉ AÑO O QUÉ
SIGLO VAN A CONTRAER MATRIMONIO
LQRETO Y CHICOTE.

ÉL OS HARÁ SABER LA FECHA EN QUE
ESTARÁN BAJAS LAS PATATAS, QUE SE-
RÁ SOLAMENTE EN EL MOMENTO QUE
LAS SIEMBREN.

ÉL OS DIRÁ EN SERIO QUE LOS BI-
LLETES DE MIL MARCOS NO SERÁN
JAMÁS BILLETES DE VUELTA.

EL DOCTOR FAKUNDY

ES EL ÚNICO QUE SABE DÓNDE ES-
TARÁN EN EL PORVENIR LAS NIÑAS DES-
APARECIDAS. ¡PORQUE DONDE ESTÁN
HAY, TAMPOCO ÉL LO SABE!

CONSULTAS POR CORREO HONORARIOS MÓDICOS

A los consultantes por correo,
les advierte formalmente que él no es
un vulgar echador de cartas. Su
procedimiento es científico y razo-
nado.

¡¡NO HAY MEDIUM!!

El doctor Fakundy trabaja solo

Londres: Ludgate Street, 43,
cuarto cuarto letra B. Hay ascen-
sor.

Vendo cuadro antiguo, de asunto religioso. Por si a alguien le interesa el asunto, no tengo inconveniente en decirlo. El asunto es venderlo.—San Marcos, 82.

¿Queréis casaros con una america-
na preciosa? Pues acudid a la sastrer-
ía de Bazán, que, además de la ame-
ricana, os hará un chaleco y unos pan-
talones de boda como no habéis visto
otros. Bazán es el único sastrer que
cose como es debido. Bazán es capaz
de sentarle las costuras hasta a la no-
via. Especialidad en trajes de viudo. El
mejor corte de la corte.—Cortes, 64.

Balneario de Laiglesia

Aguas Minero-medicinales.

Lo curan todo, y lo decimos por
estómago, por bazo, por higa-
do y por intestinos.

También lo decimos por riñones.

Con estas aguas no hay mal
que cien años dure.

El Balneario de Laiglesia es
el preferido de los dolientes,
por sus curaciones asombrosas.

JEN LOS ÚLTIMOS VEINTE MESES,
OCHENTA Y NUEVE CURAS
EN LAIGLESIA!

¡Y curas radicales..., aunque
le parezca mentira a Lerroux, y
aunque lo niegue "El Debate",
que lo negará.

DIRECTOR TÉCNICO:

DOCTOR AGUADO

Se desea saber el paradero de Mel-
quides Álvarez; hace tres meses que
no habla y esto me escama. Pez 89.

¡Sordos: por antigua que sea vues-
tra dolencia! ¡Radioescuchas: por des-
esperados que os encontréis!... Con
mi sistema conseguiréis oír algo en
seis semanas...—Doctor Chillón, Ca-
llaio, 95.

Criada para todo.—Mariano Todo,
Ancha, 105. No equivocarse, Ancha y
Todo.

—Agente
anunciador: **NESTOR O. LOPE**

PROBLEMA RESUELTO



Para evitar la feroz lucha para la conquista de un puesto en el autobús...



... al sabio inventor, se le ocurrió...

se le ocurrió...

es: los lacos número dos.



... efectivamente, ya no se pelea por subir el primero: ahora se lucha por coger número.

Dib. SÁMA. - Madrid.

DOS AUTORES DE TEATRO

—¡Pepe, Pepe!
 —¿Eh? ¿Eres tú, Antonio?
 —El mismo, chico.
 —¡Qué casualidad!
 —¡Cuánto tiempo sin vernos!
 —¡Qué sorpresa!
 —Lo menos cuatro años, ¿no?
 —Desde aquella noche a la salida del teatro.
 —En efecto... Tienes buena memoria.
 —Estás joven, chico.
 —¡Cá, hombre!... Tú sí que...
 —Me defendo... ¿A dónde vas?
 —A un asuntillo. ¿Y tú?
 —Yo también... pero te dedicaré un rato si quieres.

—Encantado. Acompáñame.
 —Con mucho gusto. ¿Vamos a pie?
 —Sí lo prefieres... Hace una tarde espléndida. Vamos hacia el Retiro.
 —Y bien, ¿qué es de tu vida? ¿Te acuerdas de los dichosos días aquellos, ya tan lejanos?
 —¿Cuándo estudiábamos?... ¡Qué tiempos!
 —Recordándolos me he emocionado muchas veces... Carecíamos de dinero, pero teníamos juventud, ilusiones!...
 —¡Juventud!
 —¿Y qué dices? ¿Vives bien? ¿Ganas dinero?

—¡Vivir bien! ¿A qué llamas tú vivir bien? Para vivir bien se necesitan veinte o treinta duros diarios... Hoy, los nuevos ricos... Yo, me defiende nada más. ¿Y tú?

—Lo mismo. Siempre luchando.
 —¿Te ayudas mucho con la carrera?

—¿Tienes negocios?
 —Negocios? ¡Quita, hombre! No tengo vocación alguna para los negocios. Mi carrera... Comprenderás que no hice la carrera para vivir de ella. Mi vocación va por otro lado. A ti seguramente te sucede lo mismo. ¿Ejerces?

—Casi nada. No sé si yo abandono a los enfermos o ellos me abandonan a mí. No tengo vocación, chico. Ya sabes que en España no se ejerce la carrera que se estudia. Ahí tienes a Francos Rodríguez, por ejemplo.

—¿Y qué haces?
 —Vivir... soñar... Ahora tengo un proyecto estupendo... Una idea... ¿Y tú, qué haces?

—También tengo una idea...
 —En este país sólo viven los toreros, los cantantes, los autores cómicos...

—Los toreros... así, así. Va pasando su tiempo. Más bien, los revisteros taurinos. Los cantantes..., pchs...

—¡Cómo! ¿Y qué me dices de Fleta?
 —Sí, pero... ¿y la garganta? ¿Cantas tú?

—¿Yo? Como un duro *raja*. No es por ahí. ¿Y del teatro? ¿Y de Muñoz Seca? Hace una comedia, otra comedia, otra comedia... Está cobrando su buen millonaje de pesetas todos los años.

—¡Qué hombre! Y aún le queda tiempo para asistir a su oficina y hasta para leer lo que dicen de él los críticos. ¡Qué hombre!

—¡Admirable! Pues no te rías, pero... ¿Y qué?

—Es muy posible que dentro de poco, si la suerte me ayuda...

—¿Tú? ¿Vas a dedicarte al teatro? ¡Qué casualidad!

—¡Cómo! ¿Acaso tú también?...

—¡Pero, hijo de mi alma, si es mi ilusión, mi chifladura, mi esperanza, mi porvenir, mi presente, mi futuro, mi pasado!

—¡Dame un abrazo, querido Pepe!
 —¡Con alma y vida, querido Antonio!

—Es providencial. Nuestro encuentro es providencial.

—Haremos una comedia en colaboración. ¡No faltaba más! Tú eres mi colaborador. Hemos armonizado siempre muy bien.

—¡El porvenir es nuestro! ¡Hay Providencia!

—Estamos en el comienzo de la temporada. No hay autores. No hay obras.

—El porvenir es nuestro. Y precisamente tú y yo, que no somos escritores, ¡gracias a Dios!

—¡Por eso mismo!

—Y que ¡gracias a Dios! no sabemos una palabra de nada, ni siquiera de los orígenes del teatro.

—Ni de Eurípides, ni de Sófocles, ni de Epaminondas.

—¿Sófocles? Aguarda que apunte... Es un chiste que se me ha ocurrido...

—Pues verás, tengo un asunto.

—Yo tengo otro asunto.

—El mío es para Lara.

—El mío para el Español.

—Hay que tener cuidado con los asuntos, que no se los roben a uno. ¿Lo has contado a alguien?

—A nadie, y no me *sófocles* con tu sospecha... ¡Ja, ja! Ríete. Es el chiste de antes. ¿Tengo gracia?

—¡Más que Epaminondas. Venga ese asunto.

—Aquí, en este rincón, bajo los árboles. Que nadie nos oiga. Es una cosa que ya verás. Yo digo que, o nos dan un pateo apocalíptico, o nos hinchamos de miles de duros. Figúrate que se trata de un señor, que al entrar en su casa encuentra a su mujer...



Dib.
CISNEROS
Madrid.

—Pero si el hacer el número uno es muy fácil; sencillamente una rayita...

—Sí, pero si lo aprendo, me harán hacer el número dos!

ROBERTO MOLINA

ALREDEDOR DEL MUNDO CURIOSIDADES Y RAREZAS

De una curiosa estadística tomamos (por no ser algo) una nota en la que se asegura una cosa que nos ha dejado boquiabiertos y patirrigados: en España, y en los últimos noventa años, solamente tres yernos han apoliado a sus respectivas suegras. Esto parece destruir la leyenda de que suegras y yernos se aborrecen como el ratón y el gato, como Lerroux y El Debate y como el puro de la Arrendataria y la cerilla de diez céntimos.

No obstante, nosotros no queremos compartir el optimismo de la estadística. No negaremos que son únicamente tres yernos los que han quitado de enemigo a sus respectivas y políticas mamás, pero esto lo que demuestra no es más que una cosa.

Que los demás no han podido.

Hay mucha gente interesada en averiguar quien inventó las campanas. En varios periódicos se ha tratado ya esta cuestión, que no sabemos a qué badojo conduce, y los resultados han sido siempre negativos. Hay quien dice que en Nínive ya se usaban campanas de bronce. Otros sostienen que fueron los altos sacerdotes judíos los primeros que empezaron a abusar del campaneo. Y no falta quien aseverar que fue en Egipto donde primero estuvo el toque.

La conclusión que de esto se saca, no puede ser más desconsoladora para la Historia: porque resulta que la gente ha oído campanas, pero no sabe dónde.

Un amable suscriptor nos pregunta cuál es la lengua más difícil de traducir. Sin vacilar, podemos contestarle que la lengua a la escalatoria.

Que pruebe a traducir una y verá como no consigue más que perder un tiempo precioso y espléndidamente primaveril.

En el Colorado (Estados Unidos, como ustedes saben o deben saber), la pervisión de las costumbres raya en la desvergüenza catastrófica y la falta de pudor en las mujeres es tan absoluta, que sentimos de veras no poderlos ir allí a pasar una temporada.

Efecto de esta pagana desnudez es la frase de un juez honesto, a la par que cuájuero, que ha dicho, sumido en llanto:

—(Cómo se está poniendo Colorado).

No nos extraña que se ponga Colorado como dicen, viendo lo que enseñan las bellas damas de la localidad.

Ustedes habrán visto seguramente esa especie de perilla diminuta que llevaban en tiempos ciertos militares

agueridos y que se llama mosca, por su tamaño infinitesimal.

Como ustedes saben, se lleva en el hoyo de la barbillita; y como ustedes no saben, el sujeto que primero la llevó era francés y se llamaba Camin.

Hoy la mosca ya no se lleva en la barbillita, pero hay quien la lleva detrás de la oreja. Y da una casualidad un poco humorística: que el de la mosca en la barbillita es Camin, y el de la mosca detrás de la oreja es camón.

El cocido es casi tan antiguo como la humanidad. Según algunos doctos historiadores, tuvo principio en el Asia Occidental.

Fué una suerte para los asiáticos, a los cuales envidio, porque hoy, y en mi casa (que es la de ustedes), no hay manera de que tenga principio el cocido.

¡Es lógico! ¡Lo tuvo hace tanto tiempo, que ya no queda nada!

Los hombres que faltan a su palabra son muchos por desgracia, y les solemos llamar informales y boiateros.

Pero hay otros a los que se sucede lo contrario: que es su palabra la que les falta a ellos.

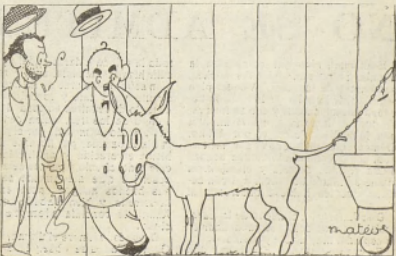
¡A éstos no les podemos llamar más que mudos!...

Y en la triste seguridad de que aunque les llamemos como les llamemos, no nos costarán en la vida.

ERNESTO POLO



—¡Pasen, señores! ¡Adelante! ¡Extraordinario fenómeno! ¡Asno que tiene el rabo donde debía tener la cabeza, y viceversa!... ¡Pasen...



y se convencerán

Dib. MATEO.—Valencia.

¡VODEVIL Y TENTE TIESO!

*¡O!, jóvenes amables
que en vuestros liernos años,
al templo de Minerva,
dirigís vuestros pasos.
Venid a la batalla,
con vdevil en mano,
y seréis aplaudidos
y, además, re petados!*
Coronas de laurel España entera
habrá de regalaros,
para que andéis por casa, si es que os place
andar por vuestra casa coronados...

*Por mi mano plantado tengo un... puesto
del Rastro en las afueras,
repleto de obra: cómicas y tristes,
inglesas y francesas*

*En alemán algunas, y hasta en chino
tengo ciento completas...*

*¡Ande el barato, siga el movimiento!
¡Por medio duro doy quince comedias!*

*Todas ellas están ya traducidas
a nuestra hermosa lengua,
y hasta representadas hace años,
cuando iba yo a la escuela.
De modo que el trabajo es muy sencillo.*

*¡Oh, juventud si bien lo consideras!
Escucha mi consejo y obedece:*

*Los títulos cambiáis, y en las escenas
en que se dice «vase por el foro»,
poned vosotros «vase por la izquierda».*

*Y si la dama se llamase Antonia
(es un ejemplo), llamaréla Petra.
Si del galán el nombre es Eduardo
(es otro ejemplo), llamaréle Herrera.
Si el lugar de la acción es en Lisboa,
quitad Lisboa y poned Florencia.*

*Coged un elmanque ya pasado,
del año veintidós o del cuarenta,
y arrancando de él algunos chistes
jos introduciréis en la comedia.*

*Y con decir en la primera hoja
adaptación, salváis vuestra conciencia...
Si la tenéis, pues aseguran muchos
que el traductor ignora lo que sea.*

*Original, no hagáis en vuestra vida
ni fan sólo una letra,
porque nunca agradece el torpe vulgo
el esfuerzo que cuesta.*

*Abajo los Quineros, los Marquinos,
los Arniches, Linares, Villasespea,
los Abatis, los Pasos y Ardavines,
Pérez Fernández y Muñoz Secas.*

*Váyase don Jacinto noramala,
Casero y Perellada norabueña.
El furor de los ciegos los confunda
o en calabozo térico los meta,
sin darles alimento,*

*o, si acaso, Judías y lentejas.
Castigo merecido, ¡voto al diablo!
a su pueril y cándida inocencia.*

*Y a mí, que en treinta años bien corridos,
saqué de mi cabeza,
muchos sainetes malos, no lo niego,
mas sin deber a nadie ni una idea,
arránqueme Talía ambas patillas,
pelo por pelo, para que me duela.*

*¡Oh, jóvenes amables
que en vuestros liernos años,
al templo de Minerva
dirigís vuestros pasos,
robad, sin compasión ni miramientos,
cuanto halléis a mano
(claro que me refiero a las comedias),
porque de lo robado*

*(y esto es ya muy antiguo),
dicen que vive el lobo, gordo y sano...*

*¡Ande la bulla, siga el movimiento!
¡Acudid a mi tienda, literatos!*

TONÁS LUCERO

COSITAS

NO SE ADMITEN GALENAS

Eran cuatro los que componían la tertulia. Se reunían todas las noches, poco antes de las diez. A aquel piso segundo de la calle de Monteleón llegaban sucesivamente y con un intervalo que no llegaría a medio minuto, don Juan, don Pedro y, por último, Gómez. Llegaban graves y taciturnos, como conspiradores que acuden a una reunión secreta y clandestina. Hubieran infundido pavor a algún curioso que les hubiese observado al entrar.

Don Ambrosio, el dueño de la casa, recibía a todos con unas palmaditas en la espalda, muy afable y cariñoso.

En cuanto llegaban don Juan y don Pedro comenzaban a jugar. El tresillo era la pasión dominadora de aquellos hombres que dedicaban por las noches

toda la velada a darse codillo y a discutir jugadas de mala, sota y rey. Habían sabido rebelarse de la tiranía del círculo y del café y tomado el buen acuerdo de reunirse en casa del único soltero de los tres, quien cedía muy complacido su morada por el placer de la diaria partida, por librarse del ambiente enrarecido y antihigiénico del café o del círculo y por las seis u ocho pesetitas que diariamente sacaba a sus buenos amigos, pues era cosa inveterada y bien sabida que don Ambrosio concluía siempre ganancioso.

Después, siempre el último, llegaba Gómez. Todos se obsesaban con el *dor* a cada momento—don Pedro, don Ambrosio, don Juan—, pero nunca llamaron a Gómez don Félix. Gómez no

era más que Gómez. Era de otra casta. Gómez era el *mirón*.

Al entrar él, contestaban a su saludo brevemente, abstraídos en el juego. Gómez se sentaba silencioso en el lado que quedaba vacío en la mesa cuadrada. Y ya no se oía más ruido que el de las cerillas al ser rascadas para encender el cigarro perlinzamente incombustible y el de alguna frase suelta:

—Paso.

—También yo.

—Pues yo me voy a atrever. Juego.

...

¡Cuán mutables y efímeras las cosas de este mundo! ¿Dónde se fueron aquellas silenciosas partidas de tresillo? ¿Dónde aquellas jugadas maravillosas con que don Ambrosio asombra-

ha a sus amigos? ¿Y dónde, también, aquellas pesetitas que cotidianamente le valían esos asombros? Como siempre, la Ciencia, novia amantísima del Progreso, vino a desterrar la costumbre. El resello fue sustituido por la radiotelefonía. Aquellos hombres sensatos y graves no pudieron resistir a la locura sinhilista. Y sobre el paño verde de la mesa cuadrada no se posaban ya los naipes ni las fichas de hueso, sino un modesto aparato receptor de galena provisto de tres auriculares.

Lo habían comprado a escote entre los tres amigos y, como antes, todas las noches se reunían en casa de don Ambrosio con una puntualidad asombrosa. También iba Gómez, pero éste no había contribuido en la adquisición del aparato. Llegaba un poco más retrasado que los otros, y se limitaba a oír cuando alguno de los otros tres soltaba su auricular. Gómez, el eterno *mirón* era ahora lo que podríamos llamar el *radioescuchón*.

Pero una noche creyeron los tres amigos que algo anormal sucedía a Gómez. Llegó el primero y mostró gozoso al dueño de la casa y luego a los otros cuando entraron, un trocito de galena.

—Me lo ha regalado hoy un ingeniero de minas, cuando ha sabido que era yo muy aficionado a la radio. Y me ha dicho que es el trozo más sensible de todos los que él ha visto. ¡Una galena maravillosa!

Don Ambrosio, al fin hombre bonachón, dijo:

—La probaremos esta noche, que hay un programa tan excelente. No estaba yo muy contento con la galena que teníamos ahora.

Pero don Juan, hombre agrio y a quien molestaba mucho la asiduidad de Gómez, repuso:

—No; no, señor. No se admiten galenas. Este es el principio fundamental de todo modesto sinhilista. Estos trocitos de galena regalados suelen ser siempre unas patatas que no sirven para nada y que hacen perder el concierto de una noche.

La bondad triunfó de la acritud y la indulgencia de la intolerancia. Imperó el criterio de don Ambrosio. Y el trozo de galena fue fuertemente sujeto por un tornillo y arañado por el detector.

Todos se pusieron los auriculares, oprimiendo cada vez más fuertemente las orejas y esperaron en silencio medio minuto.

—No se oye nada—gruñó el agrio de don Juan.

—Aún no habrán empezado—repuso firmemente el bueno de Gómez.

—¿Cómo no van a empezar? ¡No diga usted tonterías! Si son ya las diez y cuarto.

Conciliador, intervino don Ambrosio.

—Estarán en algún descanso.

Y volvieron a oprimir otra vez los auriculares contra las orejas.

—No; no es que estén en un descan-

so; sería muy largo—tornó a gruñir don Juan—. Además no se oye ese ruido que denota haber cogido la onda y estar con la estación.

Hicieron que el curso recorriera varias veces toda la longitud de la bobina. Por si no habían cogido el punto sensible, pincharon durante un breve rato la galena maravillosa con la aguja, pero fue inútil. No se oía nada. Entonces pensaron en si estaría mal hecho el enlace con la toma de tierra o con la antena. Examinaron detenidamente los contactos y pudieron ver que estaban perfectamente.

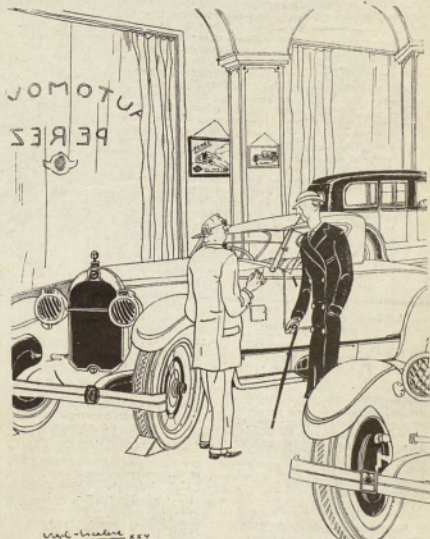
Gómez, todo aturrido y ante las miradas furibundas de don Juan, no hacía más que repetir: La galena es estúpida; de lo mejor. Me lo ha dicho el ingeniero de minas que me la ha dado y que sabe mucho de estas cosas.

Arañaron de nuevo, ya rabiosamente, aquel trocito de mineral con el detector. Volvieron a examinar la antena y la toma de tierra.

Y ya a las once y media, cuando había pasado lo mejor del concierto, hicieron un descubrimiento que les dejó estupefactos y enfadadísimos. Al arañar tantas veces la galena maravillosa observaron que de ella se había desprendido una pequeña capa blanca, bajo la cual la galena ya no conservaba su color.

Gómez creyó que aquello era el hallazgo de un nuevo mineral: la galena aurífera. Pero sus contertulios le hicieron ver con no muy buenas maneras que aquello no era más que un trocito de pedernal cubierto de papel de estafío.

ANTONIO GASCÓN



Dib. VIOL-ESCALERA.—Madrid.

—Necesito un coche fuerte, capaz de aguantar los peores caminos.
—¿Es que va usted a atravesar el Sahara?
—Tengo que pasar varias veces al día la calle del Arenall

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS.

"El collar de Afro-dia", en el Alkazar.

Disponemos de poco espacio y no podemos informar hoy a nuestros lectores al detalle en lo que se refiere a



esta opereta que ha inaugurado con tanto esplendor de autores, presentación e intérpretes, los éxitos del Alkazar.

Limitémonos a decir que hemos vis-

Una obra de muchachas campanillas.

(MONÓLOGO)

El cuarto de trabajo de D. Pedro Muñoz Seca. Entra el autor; abre una especie de gaveta donde trabaja, al lado de un balcón. Se lía una manta a los pies y otra a la cabeza; se ajusta los bigotes y se prepara a trabajar.

En un calendario de hojas cambiables lleva el registro de los quehaceres. Lo

to una Alejandra aceptabilísima, en donde hay modistillas muy siglo X... X, donde hay mangulios y donde hay «literas automáticas» con claxon. Una Alejandra, pues, que, pese a ser reino, es una verdadera república; una república con reyes y tiranos. Una Alejandra, en consecuencia, no de Alejandro Magno sino de D. Alejandro Lerroux, Emperador republicano.

Hemos visto, asimismo, un general magnífico (el señor Moncayo) un poco alejandrino, un poco imperio, un poco Directorio y, más que romano, romanones.

Hemos visto también—y ¡tan bien!—unas torres—las del Faro—en espiral y y otras Torres (Pequeña y Comp.) piramidales.

Hemos visto una Academia de dibujo y de cantables en donde hay rípios como en todas las Academias, pero con una gracia que las Academias ignoran. Verbi graci-

Ni tú eres Cupido, ni tú Psiquis; no me vengáis a mí con «ríquismiquis».

(Sólo nos permitiremos un reparo: «ríquism» debe escribirse en este caso

hoja. En el pasillo juegan a pegarse de veras nueve chicos. No le estorban para trabajar a D. Pedro: al revés, si no fuera por ellos...

El Sr. Muñoz Seca, hablando consigo mismo:

—¡Cuán gritan esos malditos! pero mal rayo me paria si, en escribiendo esta caria, no pagan caros sus gritos que es lo que a mí me hace falta.

con mayúscula porque en Alejandra, Miquis (D. Alejandro) es nombre propio.

Hemos visto, por último, un cuadro final en donde el nivel de la opereta sube considerablemente—y simbólica-



mente—en lo que se refiere a la escenografía de las apoteosis. Si: se eleva aquello a ojos vistas. Si continua elevándose la escena de ese modo, el pueblo se elevará también sin necesidad de ascensores.

—Si de esos gritos no sale una comedia y no me la pagan caro, no habrá manera de teparles la boca; porque a esos crios sólo se les tapa la boca con pancillos. Con que ¡a trabajar! Porque si no, además de oír los gritos de los chicos en casa, oír la grita de los grandes en el teatro.

A ver... Para «Maravillas», dentro de cinco días, Los Campanilleros. Y sólo tengo el título... ¡No importa!... Si fuera otra cosa; pero ¿hacer una come-

día?... ¡Facilísimo!... No hay más que fijarse un poco y ya se sola... Y ahora, en este momento, no sé lo que va a pasar en esta comedia, pero sé lo de los campanilleros y basta; lo demás, ¡ya saldrá!

En Sevilla existe la costumbre de formar una orquesta especial con campanillas, hierrecillos, guitarras y unos cántaros que convierten en instrumentos y con los que hacen «brum, brum, brum», bordonando. Al son de todo eso cantan una salmodia muy lenta, muy melancólica, y entre ese cántico y el son que forman los del acompañamiento con los hierrecillos, guitarras y campanillas y los cántaros, se forma una música misteriosa que parece de otro mundo y «oyéndola, se ríe y se llora y se reza» y... se tiene un efecto para hacer un final de comedia que quite el sentido, al sentido común me refiero, que maldira la falta que hace; en estos casos, pues, es lo que yo digo: donde hay un Perico el común no es necesario.

Todo se reduce, pues, a que yo reparta en los tres actos lo de las campanillas. En el primero, lo cuentan y lo cantan los criados, para que la gente se entere de la falta que hace; y esté esperando el acontecimiento de la obra durante los tres actos seguidos. En el tercero, al final, lo cantará en serio el pueblo; y en el segundo, ¿quién? los que quedan: los señores. Los señores estarán preparando unas funciones para los festejos del pueblo, y ensayarán lo de las campanillas, y para que no parezca traído lo de las campanillas, ensayarán además otra cosa: una función de teatro. Con este motivo habrá otra escena cómica: la del ensayo; y un tipo cómico: la del autor de las obras. Esto marcha.

Para modelo de este tipo escogeré cualquiera de los autores que conozco, todos ellos de efecto cómico seguro: Fulano, por ejemplo, siempre despedido y con el cuello de la camisa sport por encima de la americana, como si tuviera mucho calor... ¡el tan fresco—fresco y rubio como un mantecado. Este tipo será—por lo de mantecado—dulcísimo y se derretirá con las señoras. Hará el amor a cualquiera: por ejemplo, a Irene Alba. Sí; el papel de Irene debo tenerlo en cuenta en seguida: ésta es otra campanilla que hay que tocar... ¡Perdona, Irene, lo digo, porque para mí es una campanilla que me aplauden! Luego dicen que hay crisis de comedias. ¡De comediantes, digo yo! Si los actores y actrices hiciesen bien las comedias, como Irene y Bonafé, no tendríamos que hacerlas nosotros: bastaría con lo que ellos hicieran.

Por eso hay que pensar inmediatamente en el papel de Bonafé, porque en cuanto yo encuentre papel para Bonafé, no tengo que hacer nada; lo hará él todo y tendrá un éxito; tendremos un éxito. Bonafé puede ser el autor de las

comedias y marido de Irene... Pero no... si es su marido ¿cómo va a hacer el amor a su mujer? No, Irene debe ser soltera... o separada del marido. Eso: separada... Bonafé su marido; un tipo... ¿Cómo? ¡Cómo ha de ser! Como le venga mejor a Bonafé. Las características de Bonafé son principalmente dos: los papeles de fresco y los papeles de infeliz. No hay, pues, que cavilar mucho: se le hace primero fresco; luego, infeliz. Esto es facilísimo. Ya está: Bonafé, un fresco, casado con Irene, separado de ella se pasan la comedia si me reconcilio, si no me reconcilio. Y para amizar esto andará por medio el Mantecado haciendo el amor a Irene y sirviéndome como recurso para complicar las cosas cuando me haga falta. Ya va saliendo el nudo...

Pero quedan todavía los papeles del galán y de la dama.

Estos tienen que ser papeles serios,



de amor: sentimentales. Mejor: entre las gansadas mías meto unas escenas de amor y me meto a la gente en el bolsillo. ¿Que deberá pasar entre el galán y la dama? Cualquier cosa: algo que parezca que no hay remedio pero que luego lo tenga; amores que parezca que van a separar a los enamorados pero que luego no los separe; lo necesario para que vaya pasando la comedia y pueda llegar al final, cuando toquen las campanillas, una escena de lágrimas de amor, de... de lo que vaya bien con las campanillas; no hay que cansarse en discurrir porque todo lo que no sea fijarse en lo que piden las campanillas y «servirlo» es tiempo perdido. ¿La música de las campanillas va a ser lejana, misteriosa, melancólica, poética y conmovedora? pues la escena igual: poca luz, noche; la dama apaga la electricidad; el coro pasa, el coro se aleja, el coro vuelve; el galán ama y sufre; la dama sufre y ama; el público se comería a la dama (Sra. Jiménez); la dama que ama, ama de su casa no se casa, echa de su casa al que se propa-

sa. El coro pasa. El tiempo pasa. A nadie le importa lo que pasa; pero la obra pasa...

A todo esto, yo, no obstante, ignoro todavía lo que puede pasar con el galán y la dama. Pero esto es secundario. Pasará cualquier cosa y cualquier cosa pasará. De eso no hay que ocuparse. La dama, para alejar al galán infeliz que la abandonó un día, le dice cuando vuelve que ya todo es imposible porque está casada. Pero, al final, se descubre que la señora no estaba casada; que todo fué un embuste de ella por resentimiento contra él, por someterlo a una prueba, por... «vaya, por eso...» Y todo se arregla así, preciosamente.

Claro, que si los espectadores se sospechen que todo esto es un truco para irlos entreteniéndolos, me mondan... Pero ¡qué! no se enterarán. La gente encontrará tan bonito lo de la música; tan natural, que resulta padre de la niña

el que menos lo parece; tan misterioso y poético lo de la media luz; tan simpático el que aquellas dos pobres criaturas, tan galán y tan joven él, tan linda ella, acaban adorándose; que aplaudirán, ¡vaya si aplaudirán! Lo dicho... Ya tengo la comedia. No hay más que revolver todo eso y... «vaya, ¡eso!»

Pero se me olvidaba—¡caramba, hay que estar en todo!—, se me olvidaba un papel para Joaquín García León... ¡Tan buen actor como es!... No; no es posible que esto quede así, tengo que hacerle un tipo y con intervención constante; puede salvar la comedia en trances apurados, sólo con su excelente ejecución. ¡Tendrás papel, García León! Y para que vean quién soy yo, le haré el mejor papel de la comedia.

... Nota.—Luego nos hemos enterado que la obra era, además, de Pedro Pérez Fernández. Repátese, pues, el monólogo entre ambos.

MANUEL ABRIL

ESTAMPAS

LA ESTATUA DE SAL

Había que abandonar la ciudad a toda prisa, sin tiempo apenas de preparar el equipaje y sin despedirse de nadie. Así lo habían dicho los dos forasteros que llegaron la noche antes.

Sólo la familia tuvo noticia de lo que iba a suceder y que estaba muy merecido. El padre lo advirtió a los novios de las hijas, pero ellos lo tomaron a broma y no quisieron hacer el viaje. Esta fué la causa de que las dos hijas quedasen solteras.

Salieron al amanecer, porque los forasteros les apresuraban y apenas les permitían acabar de hacer el equipaje. Por lo visto, los forasteros tenían prisa por cumplir el encargo de destruir la ciudad.

Las hijas marchaban delante, cargadas con la mayor parte del equipaje. El padre detrás, animado con hallar a su buen tío al cabo del viaje. La madre iba detrás. Siempre había sido muy calmosa para andar y para cruzar las calles. Al cabo de unos minutos, ya se había cansado y renegaba de todo.

—No volváis la cabeza atrás, —habían dicho los forasteros al despedirse—. No os sucederá nada bueno si miráis.

La madre, no podía negarlo, sentía herida su curiosidad con aquella prohibición.

—¡También es exigir!... ¿Qué les importaría a ellos que se mire o no? Yo creo que por mirar no va a pasar nada.

El marido intervino:

—Cuando ellos lo han dicho, por algo será. ¿Qué interés tienen en mirar para atrás?

—¿Interés? ¡Ninguno! ¡A ver si te crees que yo estoy muerta de curiosidad!...

Se oyó a espaldas de ellos un gran estruendo, como si la ciudad toda se desmoronase, y un olor a azufre trajo el viento que de allá venía.

—No son curiosos, ya lo sabeas... ¿Oyes qué ruido? ... ¿Qué estarán haciendo? ¿Serán capaces de destruir la ciudad?... Era una ciudad muy antigua y descuidada. Tal vez hacen una nue-

va. ¡Qué ruido y qué olor!... Yo creo que no va a pasar nada con mirar... Luego diremos que no lo hemos visto, por si acaso...

—¿Cuándo vas a callar con tus historias? Serás capaz de mirar, cuando es solamente lo que nos han prohibido. Igual sucedió con nuestra madre Eva. Era lo único que no le permitían y fué y lo hizo...

—Aquello era otra cosa, y, además, ya ves que no tenía nada de particular...

—Sí, pero los echaron del Paraíso.

—Todo estaba preparado para que así sucediese. Lo del manzano fué un pretexto. Sin duda es que tenían un nuevo inquilino que ofreciera más, y como ellos sólo tenían lo puesto y era tan poco... ¿Qué nos van a hacer si miramos? ¿Cómo van a enterarse? Cada vez se oye más ruido... y humo.

—No ves?...!

No dijo más. Se había vuelto a mirar la ciudad envuelta en llamas y se había ido poniendo blanca y brillante de los pies a la cabeza. Se había convertido en estatua de sal.

—¿Te has callado ya? —dijo el marido—. Y la estatua de su esposa no contestó. Alcanzó a sus hijas y las tres llamaron a la madre, sin obtener respuesta. Entonces sospecharon de que le hubiese sucedido algo malo, y marcharon, sin volverse, para atrás, hasta encontrar la estatua de la madre.

¿Qué hacer con ella? ¿No era un cargo de conciencia dejarla allí abandonada, expuesta a la lluvia o a que se la llevase el primero que pasara? Cargó el padre con ella y, en su desolación, se acordó de cuando pasaba los riechuelos descalzo y con ella en brazos, para que no se mojara.

El padre hubiera querido conservar la siempre y alegaba para ello que decoraba bastante la casa aquella estatua de tamaño natural. Hasta dijo que se le podía poner una luz.

Pero las hijas representaban el espíritu práctico de la familia y optaron por servirse de sal de la estatua para las comidas. Era una lástima ir a comprar fuera, teniendo tanta en casa.

El padre se ofendió mucho con aquello. Al fin y al cabo, era su esposa. Pero luego, pasados los primeros meses del luto, casi sin darse cuenta, cuando el gusto de la comida no le complacía, se levantaba de su silla y pellicaba a su esposa en el sitio de costumbre y deshacía un terrón con los dedos espolvoreando el plato.

José LÓPEZ RUBIO



Dib.
ALFONSO
Madrid.

—Lo siento mucho, pero no puedo darle las cinco pesetas...

—¡Qué duro! ¿Qué duro de corazón es usted!



Dib. BALDRICH.—Madrid.

—¡Yo me haría del somatén. Chichita... pero, la verdad, estoy harto de llevar siempre colgada la carabina!...

GENTE QUE ANDA POR AHI

EL HOMBRE DE LA PLATAFORMA.

Es cosa comprobada que, cuando un escritor no sabe de qué escribir, habla del tranvía. Acerca del tranvía se han compuesto infinidad de páginas, por sociólogos, costumbristas, poetas, zumbones y genios. Galdós, en España, D'Amicis, en Italia, con su «Carozza di tutti», emplearon su genial ocio en situar sus novelas o sus más jugosos cuentos en alguno de estos coches urbanos donde los vecinos de la Villa y Corte aprenden a ir olvidando su buena crianza. Después, infinidad de literatos nacionales, de menor estatura, han dedicado no pocas cuartillas a hablar del vehículo «democrático», ayer tirado por un par de mulas, hoy impulsado por la electricidad.

El tranvía es, por tanto, tema propio para los que muchas veces no sabemos de qué hablar. Declárennos nuestro apuro, y tomemos un coche cualquiera de los que se abren para que puedan entre «porras» de la autoridad, autos, camiones y transeúntes.

Hoy el tranvía madrileño es una especie de ginebrino rodante donde se refugian los fumadores, los boxeadores, los comodones y los curiosos que abren de par en par el diario para introducir al vecino el pico de las hojas impresas. El cobrador, que es una persona encantadora, vieja ya y desmemoriada, se ha olvidado de que sobre

cada puerta del coche se colocó hace bastantes años un letrero previniendo que está prohibido fumar, y de que en las plataformas no se permite, igualmente, pensarse más de diez o doce viajeros. Nunca gozó la libertad de mayores holguras que hoy. Todo el mundo subimos al tranvía con el gorro frío encasquetado. En los puntos de parada los caballeros «madrugamos» para preparar al coche, mientras nuestras dulces compañeras, las mocitas y las ancianas, se quedan a pie, admirando la ligereza y rapidez con que hemos aprendido a montar. Da gusto ver hoy los coches llenos de ciudadanos que se repantigan en su asiento, sin prestar atención a la cara femenil empalidecida por el estupor, que busca con gesto implorante una limosna de galantería. Siglo es este en el que los españoles, sin deliberación previa, aun siendo tan montañeses e individualistas, nos hemos puesto de acuerdo para no ceder el puesto a ninguna de esas criaturas que después nos parecen insustituibles cuando intervienen en nuestra vida con el nombre de novias, de hermanas o de madres. Les dedicamos versos, piporros, cartas, abrazos, lágrimas y ramos de flores; pero lo que no haremos jamás es cederles asiento en el tranvía...

De la fauna pintoresca que vemos

viviendo, en este mundo circulante de tres perras chicas, uno de los tipos más notables es el hombre de la plataforma. Suele ser siempre el mismo, porque ya habréis observado que en nuestra edad y en nuestro recorrido la familia humana brinda escasa variedad. Este individuo suele llevar siempre en la boca un palillo mondadientes. Además, hace sonar las llaves que lleva en el bolsillo del pantalón. Además, lleva muchas llaves.

Su aspecto de perdonavidas deslumbra. De cuando en cuando se acaricia el bigote, para que adormimos los anillos gordos que cubren su dedo meñique, su dedo anular, su dedo corazón. Es un calvo prematuro, y su expresión fluctúa entre la del «crupieri», la del «carterista» y la del «pollo bien». Adora las apreturas. Mira a las mujeres con esa avidez, tan española, del hombre que parece no haber comido nunca; hombre que llama «hembras» a las mujeres, o «jacas», o «gachis». Es un «chulo» disfrazado de señorito: o un macho vestido de hombre. Siempre ocupa el coche hasta el final del trayecto, y cuando se encuentra a un amigo le habla a voces, para que nos enteremos de sus aventuras y milagros. El cobrador le contempla arrobadamente, y, oyéndole, él, a su vez, tararea el último cuplet, y repite el «lirio» de moda. No tiene sus horas fijas de viaje, como el pobre covachuelista, como la infeliz «laquimeca», como la derrengada lavandera, como el honrado albañil, que nos mancha con su digno yeso... Se pasa el mondadientes decentemente trajectado. A alguna vez, alguna dada se sofoca a su lado, y le mira con encandilada cólera, y se rebulle, y manda, por fin, detenerse al tranvía en la primera parada. El, entonces, desciende también, y se va tras la señora, braceando con penulancia. El cobrador nos sonríe y se arriesga a guiñar un ojo. Todos comprendemos, porque todos nos tenemos por muy sagaces. Y el hombre de la plataforma deja un hueco en la plataforma, y los restantes viajeros nos esponjamos con fruición gallinésca. Hasta alguno de nosotros, exquisitamente alibartas, bendecimos semejante coyuntura, que nos ha proporcionado el placer inmenso de no haber pagado todavía al cobrador. Y, naturalmente, sin pagarle ya, nos apeamos en marcha, porque para eso llevamos pantalones que no se enredan en el esbribo, como accade con las faldas de los pobres mujeres...

E. RAMIREZ ANGEL

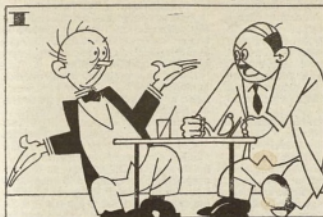


Dib.
GARRÁN
Madrid.

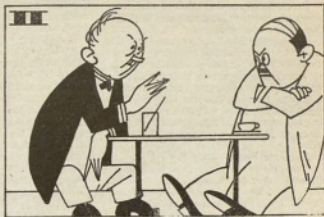
VACILACIÓN
—Bueno. ¿Y
cómo me suicido
si soy de la Socie-
dad Protectora de
Animales?

EL ORIGEN DEL FÚTBOL

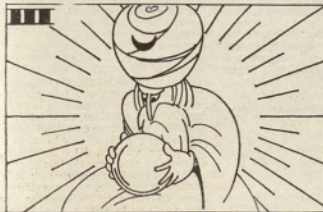
TRADICION PERA



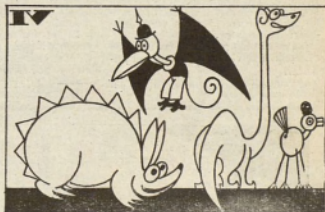
I
—Pues yo le aseguro a usted que el más antiguo de los deportes es el fútbol.
— Usted no sabe lo que dice. ¿Y los griegos, y los romanos, y los etruscos, y...?



II
—¡Bah, bah!, todo eso es de ayer. Verá usted.



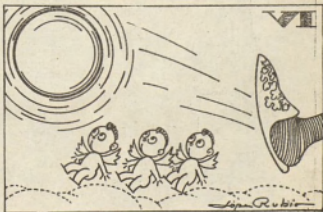
III
Cuando Adá fabricó el mundo, se quedó contemplando su obra.



IV
Y notó que empezaron a surgir una porción de bichos bastante feos. El Diodocus, el Misoginodontz, el Camelosaurio...



V
Y tal repugnancia le entró, que propinó a la bola un terrible puntapié...



VI
Lanzándolo dentro del sistema planetario. Entences, los niños del séptimo cielo, exclamaron a coro ¡GOAL!

ENTRE PARÉNTESIS

LOS ESCRITORES TRASCENDENTES

En las páginas literarias la variedad es tan indispensable como en las fuentes de entremeses.

La multiplicidad de «escuelas», de estilos, de géneros, de temperamentos, de aspectos y de sensibilidades, es la madre de esa variedad indispensable (1). Una literatura sin variedad significa tanto como un autobús sin gasolina. Sentado y cómodamente por cierto, ese precedente, puedo seguir avanzando sin miedo a ningún tropezón.

Adelante, pues.

Existen, a no dudar, modalidades literarias que esán más consideradas que otras. No debe uno flarse demasiado de las apariencias; esa literatura que merece todo el respeto de los intelectuales está basada casi totalmente en la voz latina «camelus», que, transformada al casillano, se escribe «camelo».

Por el contrario hay géneros literarios que, en cierto modo, se desdeshan; conviene abrir los ojos al lector incauto: esos géneros son los verdaderamente importantes.

Cuáles son unos y otros es cosa que salta a la vista. Ejemplos del pri-

mer caso son los ensayos, las conferencias de arte, los tratados filosóficos, las «anotaciones al margen», el teatro de ideas, etc.; y ejemplo del segundo grupo son el humorismo, la sátira, el epigrama, el teatro cómico, etc. etc (1).

Pero no basta con hablar; hay que demostrar que lo que se dice es cierto o se expone uno a caer en el ridículo más paroxístico.

Procedamos con método, como jos alumnos del Conservatorio.

El escritor se limita a decir de un modo enfático, para parecer más profundo, lo que ya ha dicho, burla burlando, el escritor intrascendente.

Un escritor intrascendente, esto es: un escritor que escribe en broma, lanza al desgarre la sentencia que sigue: «la vida es un «carroussel» y la lanza sin darle importancia ninguna. ¿Para qué vamos a engañarnos?; el lector, influido por la costumbre, tampoco le da la importancia que merece. Y, sin embargo, la sentencia es honda, como la que usó David para matar a Goliath. Analicemos...

En el «carroussel», las vagonetas suben y bajan y jamás ocurre que una de ellas permanezca arriba inmóvil, a no ser que el aparato se haya hecho

cisco en cuyo caso, no hay caso. La consecuencia que nace de esto, la ve un ofthalmico agudo. En el «carroussel» de la vida, ¡ajá, vagonetas somos los seres humanos...! Descubre el lector la justeza y la verdad de la sentencia? El destino de los humanos también es subir y bajar y solo nos inmovilizamos al morir, o lo que es lo mismo, cuando se hace cisco el aparato.

Bueno; pues ahora, desarrollemos la misma idea tal y como la desarrollarían los escritores de los pertenecientes al primer grupo antes señalados.

Atención, que dicen en la Radio Ibérica cuando van a largar un anuncio:

«No habrá necesidad de describir, siquiera fuera someramente, lo que la palabra vida significa en su pristina acepción». San Agustín dijo que vida es la unión del cuerpo y el alma (1). Nadie es ajeno a sufrir y sufrir es vivir. Desde el punto de vista de un panorama estético la vida es la didascalia de la belleza, pero como panorama espiritual, la vida se nos aparece como un pájaro multiciple, proemio o parásito de la muerte. ¿Renunciar a ella? Solamente una criatura vahéz sería capaz de hacerlo. Debemos vivir y soportar el orco o íartaro de la vida, en espera del lago mortuorio, íartaro qui zá más angustioso.»

Se habrán ustedes dado cuenta de que aún no hemos dicho nada que merezca la pena. Adelante, sin embargo.

«¿Acaso lo que asuplica y disciplina puede ser la didascalia de la belleza? ¿Por qué no? Kant, en «Lo bello y lo sublime», no niega esta posible concomitancia entre el dolor y lo bello.»

Y ahora, viene lo del «carroussel», dicho de un modo camélérico:

«Lo que resulta cierto y en su certidumbre se mantiene, es que la vida encierra en sus entrañas fecundas una gloria, que es la belleza. Los griegos tenían la palabra «ajax» para expresar ambos conceptos; lo cual robustece lo dicho. Y lo que tampoco puede negarse, es la caducidad de la existencia y la inestabilidad de los humanos, impedidos y arrastrados por las fuerzas fatales del Universo, hijos, tal vez, de los sistemas orbitales...»

Y ahí está lo del «carroussel».

Verdaderamente no vale la pena de emplear tantas palabras para decir lo que puede decirse con cinco.

Ramón Pérez de Ayala, cenit de la literatura contemporánea, sabe «un poco» de lo que son esos escritores transcendentales, reyes del camelo, porque los ha estudiado a fondo.

Mas Pérez de Ayala no se ha decidido aún a pitorearse de ellos como lo hace un servidor de ustedes.

Y voy a firmar.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(1) Atiendan ustedes, que esto se está poniendo la mar de serio.

(1) ¡Estado del etcétera es estupendo!



Dib.
RADALÉN
Madrid.

—¡Vaya unos ojos!
—Eso no son niñas,
eso son dos mujeres
hechas y derechas'...

(1) Los ensayistas tracen y lleven de un modo a San Agustín, que el santo está ya fatigadísimo.

LOS PELIGROS DEL DESIERTO

Me los encontré en Recoletos, después de varios meses sin verlos. Algo más morenos, tostados por el sol del



verano sin duda, la señora un poco más gruesa.

A los cumplidos de cortesía, ella bajó ruborosamente los ojos. El tomó la palabra y continuamos juntos nuestro paseo, mientras me decía:

—No sé si sabrás que el 23 de marzo último embarcamos mi mujer y yo en Alicante para Argelia, desde donde nos proponíamos hacer la travesía del Sahara en motocicleta. Tras una feliz navegación desembarcamos en Orán, en donde adquirimos los billetes del ferrocarril que nos condujo hasta Figuig, que había de ser el punto de partida para Tombuctú, cruzando las arenas del desierto. Para realizar nuestro atrevido proyecto, que tantos beneficios había de reportar a la humanidad, contaba con mis profundos estudios y mi práctica de explorador manchego, avezado a todos los peligros. Contaba

aparato de relojería que evita el consumo de la gasolina.

Una vez en Figuig, hechos todos los preparativos, montamos, ante la estupefacción de aquellas sencillas gentes, mi mujer en side-car y yo en la moto, en cuya trasera iba el equipaje y las provisiones que creímos necesarias, tras un meditado estudio de las circunstancias de lugar y tiempo.

No voy a cansarte con el relato, que otro día te haré, de nuestro pintoresco viaje. Todo fué a pedir de boca los primeros veintisiete días. Hacía el mediodía del que hacía veintiocho, comencé a inquietarme. El viaje, por haber perdido el rumbo y habernos corrido demasiado a Occidente, en lo que perdimos lastimosamente el tiempo, se prolongaba más de lo que sabidamente habíamos previsto. Nuestras provisiones habían terminado y aún nos falta-



ban catorce días, según mis cálculos, para llegar a Tombuctú. No nos quedaba más recurso que resignarnos a morir de inanición entre aquellas ardientes arenas. Registré escrupulosamente nuestro bageje sin encontrar ya ni un pedazo de pan, ni una gota de agua.

Cuando ya véíamos avanzar hacia nosotros a la parca fiera, mi mujer dió un grito de alegría. Había descubierto en una maleta los libros de mi biblioteca, de la que nunca me separo. Una de mis debilidades es la esmerada encuadernación de los volúmenes de mi biblioteca. Los tengo con toda clase de pastas. Arranqué algunas y con ellas saciamos nuestro apetito. Eran excelentes; sobre todo las pastas de «Pepita Jiménez», que fueron las que nos comimos el tercer día, resultaron exquisitas. Pero no precipitemos los acontecimientos.

Una vez satisfecha nuestra hambre,

una sed abrasadora, nuevo y más terrible suplicio, secó nuestras fauces. Por fortuna para nosotros, entre mis



libros llevaba el famoso de recetas culinarias de Angel Muro. Leí algunas en voz alta. La boca se nos hizo agua: estábamos salvados.

Así nos fuimos sosteniendo hasta nuestra llegada triunfal a Tombuctú. Se nos hizo un recibimiento espléndido.

Fué aquel día cuando mi esposa se sintió indisputada. Mi vanidad de esposo se sintió satisfecha: hubo que ensanchar la cintura de la ropa de mi mujer y corrimos presurosos a consultar al doctor Mohamed ben-Ali-el-Kamell, de Tombuctú.

El doctor Mohamed ben-Ali-el-Kamell, de Tombuctú, después de someter a mi esposa a un detenido reconocimiento, llevándome a un rincón de la estancia, me dijo:

—Su señora de usted ha contraído una molesta enfermedad por el abuso



de líquidos durante el viaje. Está enferma de hidropepsia.

FRANCISCO RAMIREZ MONTESINOS



además con mi prodigioso invento, cuyo secreto te revelaré otro día, que permite, mediante un dispositivo ingenioso, adaptar a las motocicletas un

TRES MESES BAJO EL TERROR

Aún me estremezco al recordarlo.

Aquel maldito fantasma se me presentaba —excepción hecha de los domingos— todas las noches, y permanecía dando grandes zancadas por mi habitación, hasta que en mis vidrieras empezaba a clarear el día. Mostrábase sus puños, lívidos y descarnados, que parecía iba a hundir de un momento a otro en mis miserables carnes, mientras su voz cavernosa no dejaba de repetirme amenazante:

—Tienes que divorciarte de enara. ¡Ay de tí si no lo haces!

La primera vez que noté su presencia escondí la cabeza entre las sábanas presa de un pánico terrible. Figúrense que, al despertarme en la madrugada, lo percibí sentado a los pies de mi cama leyendo la Legislación Notarial que había dejado en la mesilla de noche.

Era extremadamente alto y delgado; cojeaba de la pierna izquierda —reli-

quia, según luego supe, de un reuma que padeció en vida—y tal vez para desmentir a todos los que creían que los fantasmas eran impalpables, se tocaba con una boina de hule.

Volví a la noche siguiente, y a la otra y a la otra... durante tres meses. Pero yo le repetía siempre lo mismo: —Pídemelo que quieras, menos eso. ¡No puedo divorciarme de jenara!

Volvía a excitarse entonces, y cruzaba nerviosamente mi habitación a grandes pasos. Luego se iba calmando poco a poco, pero cuando se acercaba la hora de su marcha el furor volvía nuevamente a acometerle y me amenazaba con los tormentos más horribles si no me divorciaba con una rapidez veriginosa. Mas yo insistía siempre en mi negativa. Así pasó algún tiempo.

No pueden ustedes figurarse lo que yo sufrí con la presencia del fantasma. Dejando aparte el miedo que me inspi-

raba, vivía completamente cohibido. Tuve que suprimir mis salidas nocturnas, porque como se presentaba todas las noches, me era violento si se me anticipaba, que pudiera interpretar mi ausencia como descortesía. No paraban ahí mis males; se pasaba casi toda la noche amenazándome y no me dejaba pegar un ojo. Rápidamente enfaquecí y la falta de sueño se tradujo en vahidos que me hacían con gran frecuencia quedarme dormido en la oficina. El jefe de la Sociedad de Seguros contra el Sablazo, en que presto mis servicios, me apercibió y estuvo a punto de costarme el destino.

Desgraciadamente, el fantasma persistía en sus visitas. Llegamos a tratarnos con alguna confianza, pero no por esto disminuyó sus amenazas si no entablaba el divorcio. Yo estaba verdaderamente horrorizado. Sin embargo, fuera de los momentos en que se enfurecía al acordarse de jenara, era bastante razonable.

Un día se sentó a la cabecera de mi cama y me dijo:

—¿No te parece exagerado el presupuesto de Gracia y Justicia?

No supe qué contestar ante lo insólito de la pregunta. Balbucí:

—Pach... Un poco... (Pero es un Ministerio muy digno)

Aproveché la ocasión, ya que parecía de buen humor, y agregué:

—Voy a hacerte una observación. Tengo entendido que los fantasmas tenéis el don de trasladaros sin esfuerzo alguno a donde os place. Estamos en el mes de febrero y te encuentro muy desmejorado. ¿Por qué no te vas a pasar una temporada en Niza? ¡Aquello debe de estar muy hermoso!

—Te agradezco el consejo —repuso con frialdad.

El, sin embargo, seguía visitándome, y fuese la confianza o su carácter, se iba mostrando cada vez más cruel y despótico. Llegó a hacerse el dueño de todo, porque yo no me atrevía a contradecirle. Entraba y salía en mi casa sin ni siquiera quitarse la boina. Un día se presentó a las seis de la tarde y me exigió que le diese de merendar. Como una noche tuviera yo necesidad de salir y tardara en volver algún tiempo, se enfureció al encontrarse solo, y para vengarse me rompió el azucarero y media docena de tazones de porcelana. Me amenazó con hacerme aflores la lámpara del comedor y con atrancarme la pila si aquello volvía repetirse. Comprenderán ustedes mi pánico.

La noche anterior a la en que se cumplían tres meses de su presencia, le encontré más excitado que de costumbre. Vino hacia mí con cara de pocos amigos.

—Esto no puede continuar así —me



Dib. TATITO.—Zaragoza.

—¿Qué es eso compare? ¿Fueron Palhas?

—Cá, hombre, fueron palos.

dijo—. Mañana vendré por última vez a visitarte. ¡Cuéntate con los muertos si no te divorcias de Jenara! Te llevaré al infierno por los pelos.

Dicho esto, escupió por el colmillo izquierdo y desapareció.

Fácilmente comprenderán ustedes el día que pasó esperando y temiendo que llegase la noche. A nadie me atreví a confesar lo que me ocurría. Hice examen de conciencia y me dispuse a afrontar serenamente la muerte.

Cuando llegué a mi casa, el fantasma me había precedido. Estaba sentado en el montante de la despensa y su cara se me antojó más siniestra que nunca. Contestó a mi saludo con un gruñido y no me quitó ojo mientras duró mi cena, decidido tal vez a saltar sobre mí de un momento a otro. Yo temblaba, y sentía que gruesas gotas de sudor me bañaban el rostro. Rápidamente me desnudé y me metí en la cama. Esto debía ser lo que esperaba; no había hecho más que cubrirme con la sábana, cuando se lanzó sobre mí dando un salto espantoso. Estaba tan descompuesto que apenas pude reconocerle; decía palabras vagas e incoherentes y echaba de rabia espuma por la boca. Yo había escondido la cabeza debajo del jergón y pretendía calmarle cantándole el argumento de «Paraisal», mientras sentía la presión de sus manos que intentaban cogerme del cabello, para así conducirme al infierno. Pero palidecí de ira al darme cuenta de que previsiblemente me había afeitado la cabeza, y ni con pinzas se me hubiera podido coger de un cabello. Reaccioné, sin embargo, y ahora hube de ser yo el que me estremecí de espanto, al darme cuenta de que se había apoderado de mi garganta y hundía en ella sus acoradas garras, mientras hacía con sus pies en mi ombligo una especie de palanca. Empezó a faltarme la respiración...

De pronto me preguntó bruscamente: —¡Por última vez! ¿Consientes en divorciarte de Jenara?

—¡Imposible! —respondí con una voz ya como un eco.

El fantasma apretó aún más sus manos, haciendo que crujiessen todos los huesos de mi garganta.

—¿Pero por qué te es imposible? —volvió a preguntarme con una voz como un rugido.

Fué entonces cuando yo, todo avergonzado, repuse aquello que no me había atrevido a preguntarle nunca:

—No sé quién es Jenara, ¡No la conozco!

Y me eché a llorar como un niño avergonzado de mi ignorancia. ¡Dios

miel! ¡Qué pensaría de mí el fantasma, que seguramente me tenía por un hombre culto!

Él había dejado de maltratarme y se pasaba la mano por la frente.

—¡Cómo!! ¿No eres tú —preguntó— Casimiro Garriga, casado hace tres meses con Jenara Ceballos, viuda de Jiménez?

Me apresuré a contestarle:

—Soy solterón empedernido y me

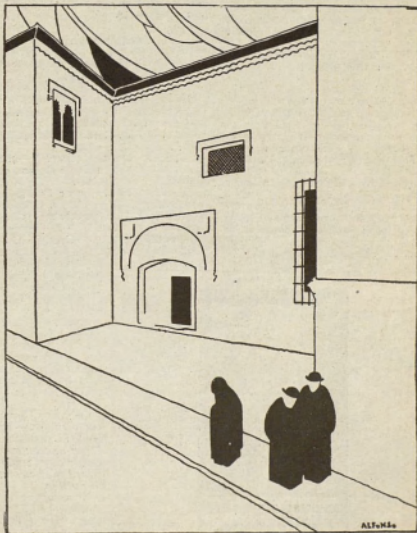
llamo Catalino Barrientos. Los sujetos que dices, viven en el piso de encima...

No había acabado de decirlo, cuando salió corriendo escaleras arriba. Antes de llegar al rellano, oí su voz cavernosa que decía:

—¡Cualquiera se fíe de las porteras!!

No he vuelto a verle desde entonces.

MANUEL LÁZARO



Dib. ALFONSO.—Madrid.

—Ahí va doña Leandra, que ahora se pasa el día en la iglesia.

—No sé por qué me parece a mí que esta Leandra es una beata falsa.

Por doce pesos argentinos pueden nuestros amigos de Hispanoamérica tener un año de

BUEN HUMOR, pidiéndolo a nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

DEL BUEN HUMOR AJENO

G U I L L E R M O T E L L

P O R C A M I

PRIMER ACTO

El cruel gessler.

(La escena representa la plaza pública de Alfors)

El BAÍLO GESSLER a Guillermo Tell. Tú no has querido saludar a mi sombrero que yo mandé colocar en lo alto de una pica, en la plaza del pueblo. ¡Esta bien! *(A los arqueros)*. Que le rebanen la cabeza.

El HIJO DE GUILLERMO TELL.—¡Piedad, señor Gessler! ¡Piedad! ¡Es mi único padre!

El BAÍLO GESSLER.—Sea. Voy a ser clemente, pero con una condición.

GUILLERMO TELL.—Tus condiciones serán las mías.

El BAÍLO GESSLER.—Tú eres, a lo que parece, un excelente ballestero. Con tus flechas puntee a 150 metros tus iniciales en una lenteja.

GUILLERMO TELL.—Se exagera, señor Baillo.

El BAÍLO GESSLER.—Poco importa. Yo quiero que tú aravieses una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo.

GUILLERMO TELL.—¡Es horrible!

El HIJO DE GUILLERMO TELL.—Acepto, padre. Yo confío en ti.

GUILLERMO TELL.—El cielo me sugiere una idea *(alto)*. Sea. Acepto.

El BAÍLO GESSLER.—Ve a buscar tu arco y vuelve en seguida. Guardo a tu hijo en rehén. ¡Anda!

SEGUNDO ACTO

Terrible prueba

(La misma decoración.)

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—Guillermo Tell vuelve con su arco. Vamos a asistir a una terrible prueba.

GUILLERMO TELL.—Estoy de vuelta, señor Baillo.

El BAÍLO GESSLER.—¡Eh, eh, eh! extrañal! tengo de repente deseos de estornudar. *(estornuda)*.

GUILLERMO TELL.—Señor Baillo, ha dejado caer usted sus lentes al estornudar. Hélos aquí. *(Le ofrece los lentes)*.

El BAÍLO GESSLER.—Gracias, Guillermo Tell, coloca a tu hijo junto a ese árbol y pon una manzana sobre su rubia cabeza.

GUILLERMO TELL.—Voy a buscar la manzana a un huerto cercano.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—El corte a buscar la manzana a un huerto cercano. El instante es solemne.

GUILLERMO TELL.—He aquí la manzana. *(Trae una enorme calabaza y la coloca sobre la cabeza de su hijo)*.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—¿Se habrá vuelto loco Tell? Pretende engañar a Baillo Gessler colocando una calabaza sobre la cabeza de su hijo.

El BAÍLO GESSLER.—Ya que la manzana está colocada, puedes tirar.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—Gessler no se apercebe de nada. ¡Es extrañal!

GUILLERMO TELL.—A la gracia de Dios. *(Tira y atraviesa con su flecha la calabaza gigante)*.

El BAÍLO GESSLER.—Has atravesado la manzana. Te devuelvo la libertad. *(Gui Tell se aleja con su hijo)*.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—No comprendemos nada de todo esto. Corramos a casa de Guillermo Tell. El nos explicará este misterio. Corramos. *(Corren a casa de Guillermo Tell)*.

TERCER ACTO

La muerte del tirano.

(La escena representa la casa de Guillermo Tell)

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—Bueno, Guillermo, explicanos cómo, delante de Gessler, has conseguido reemplazar la manzana por una calabaza gigante.

GUILLERMO TELL.—Es sencillísimo. ¿Vosotros habéis oído a Gessler estornudar?

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—Sí.

GUILLERMO TELL.—Fui yo quien provocó su estornudo. Le había echado, sin que lo notase, un puñadito de polvos de estornudar.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—¿Para qué? GUILLERMO TELL.—Para que, al estornudar, se le cayesen los lentes y yo los pudiera recoger.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—¿Con qué objeto?

GUILLERMO TELL.—Con objeto de reemplazarlos por un par de lentes especiales que disminuyen el tamaño de los objetos. ¿Comprendéis? por qué Gessler ha tomado la calabaza por una manzana?

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—Comprendemos. Pero ¿no temes la venganza de Gessler cuando se aperceba del engaño?

El HIJO DE GUILLERMO TELL.—*(Entrando)*.—Padre, nada tienes que temer del tirano Gessler. Acaban de encontrarlo muerto en la montaña.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—¿Muerto en la montaña?

El HIJO DE GUILLERMO TELL.—Sí. Gracias a los lentes que disminuyen los objetos, Gessler acaba de hacer un esfuerzo mortal.

LOS CAMPESINOS SUIZOS.—¿Cómo es eso?

El HIJO DE GUILLERMO TELL.—Intentando levantar, para llevarlo, un pito cubierto de nieve, que había tomado por un pan de azúcar.

TELÓN

A. R. H.



Tubo, 3.75; tazar, 7 ptas.
EN PERFUMERÍAS
Y DROGUERÍAS

CONCESIONARIO:
PEDRO SUÑER
Sicilia, 29.—BARCELONA



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Ninguno de esos me gusta. Quiero un borracho. Madrid
 —Espere un momento; voy a decirselo al cocinero.